

**DESPUÉS DE MUSSOLINI Y EL REY. MIRADAS FRANQUISTAS
A LA ITALIA REPUBLICANA Y POSTFASCISTA (1945-1953)
1. LA INFANTERÍA INTELLECTUAL FRANQUISTA Y
EL «SOMBRIO ESPECTÁCULO DE ITALIA» (1944-1946)***

Francesc Vilanova

«Una Italia descristianizada y comunistoide, con sufragio femenino y ley de divorcio, sería el dudibio de Europa»
Romano [Manuel Brunet], *Ola de inmoralidad en Roma*, en “Destino”, n. 394, 3 febrero 1945

Nota previa: sobre los «falsos intelectuales» del franquismo, también llamados la «infantería intelectual» de la dictadura

¿Dispuso la dictadura franquista de sus propios intelectuales orgánicos, prestos a reflexionar sobre el mundo y a contarlo a los súbditos del Caudillo, según los cánones establecidos por la dictadura y sus ideólogos?¹. No es una pregunta que permita una respuesta apresurada y taxativa. En un texto reciente, el profesor José Carlos Mainer defendía la tesis siguiente:

la tarea de los intelectuales había de ser la de siempre: hacer inteligible a la opinión pública los términos del presente y anticiparles las líneas del futuro inme-

* Per ragioni di lunghezza, in via del tutto eccezionale, la seconda parte del saggio, dal titolo 2. *Del Frente popular italiano a las trampas de la Democracia cristiana (1948-1953)*, comparirà nel numero 1 del 2012 (NdR).

1. Sabemos que reflexionaron, y mucho, sobre España y sus esencias. Por ejemplo, S. Juliá, *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004; e I. Saz, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003.

diato. Pero en la España franquista de abril de 1939 no había la libertad de opciones que fundamenta el ejercicio intelectual clásico, ni tampoco había intelectuales propiamente dichos que pudieran desempeñarlo con autonomía. Hablamos, por consiguiente, de un simulacro de formación de opinión ejercido por falsos intelectuales².

Son palabras duras para describir un paisaje desolado y desolador. La dictadura — como todas las dictaduras — no quería exactamente intelectuales, orgánicos o no, que pudieran llegar a incomodarla; buscaba mejor servidores del poder, que amplificaran acriticamente las consignas del régimen y los discursos políticos, ideológicos e históricos del sistema y de sus principales creadores (con Ramón Serrano Suñer a la cabeza, al menos en 1939 y durante los años brillantes de ejercicio del mando).

Sin embargo, asumir el papel de meros transmisores del discurso oficial y de la ideología dominante no fue la única tarea de los «falsos intelectuales» franquistas. No eran elementos pasivos del régimen. Todos los que participaron en esta actividad tuvieron un papel activo y comprometido y pudieron hablar y escribir, libremente, de lo que habían aprendido en sus años de juventud: sacaron brillo a sus militancias antidemocráticas y antirrepublicanas; volvieron a las lecturas que les formaron y que evocaban la biblioteca básica del pensamiento más reaccionario e integrista que se dio en Europa desde 1789 hasta 1945³. En el conjunto de esta «falsa» intelectualidad franquista, destacaron de forma notable los periodistas con firma, algunos corresponsales en el extranjero y algún que otro personaje que conocía bien el poder de la prensa — controlada y cómplice, a la vez — para transmitir ciertas doctrinas y ideas.

Los personajes que aparecerán en las páginas siguientes, y que reflexionaron sobre la Italia postfascista y republicana, no habrían sido considerados nunca «intelectuales», y menos si se tomaba como referencia el modelo francés, punto de partida imprescindible para construir la imagen clásica del intelectual contemporáneo⁴. Sin embargo, desde la perspectiva dibu-

2. J.C. Mainer, *La nueva intelligentsia franquista y Europa*, en F. Vilanova y P. Ysàs (eds.), *Europa, 1939. El año de las catástrofes*, Valencia, PUV, 2010, p. 93.

3. Algunos de los nombres citados en este trabajo — y sus fuentes de inspiración —, pueden encontrarse en P.C. González Cuevas, *La tradición bloqueada. Tres ideas políticas en España: el primer Ramiro Maeztu, Charles Maurras y Carl Schmitt*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002.

4. El modelo canónico del intelectual de matriz francesa puede encontrarse entre la abundantísima bibliografía existente, en textos como: J.F. Sirinelli, *Intellectuels et passions françaises*, Paris, Librairie Arthème Fayard, 1990; M. Winock, *Le siècle des intellectuels*, Paris, Seuil, 1997; P. Ory y J.F. Sirinelli, *Los intelectuales en Francia. Del caso Dreyfus a nuestros días*, Valencia, PUV, 2007 y T. Judt, *Pasado imperfecto. Los intelectuales franceses, 1944-1956*, Madrid, Taurus, 2007.

jada por el profesor Mainer, les casaba bien la figura del «falso intelectual», una categoría en la que tendrían cabida, y son de nuevo palabras del propio Mainer,

algunos agraviados y marginales dispuestos a cobrarse viejas deudas, al calor de la Victoria, o los que antes de 1930 habían apoyado la Dictadura de Primo de Rivera y luego se habían encuadrado en la insurgencia monárquica de 1931, y en último término, estaban los improvisados e inmaduros cuadros de los fascismos (había más de uno, pese a la Unificación de 1937), de escaso fuste ideológico y procedencia a menudo más que heterogénea⁵.

Efectivamente, Julián Cortés-Cavanillas, Santiago Nadal, Antonio Martínez Tomás, José Sala, etc., fueron algunos de los nombres centrales de la «falsa intelectualidad» franquista en su base, en los niveles más bajos de la pirámide. Su mérito radicaba en no haber formado parte de las *élites* político-intelectuales del falangismo y las otras variantes de la extrema derecha española: no provenían de la «corte literaria de José Antonio», no eran catedráticos universitarios (Pedro Laín, Antonio Tovar, etc.), no formaban parte de los núcleos directores de “Vértice” o “Escorial”, aunque colaboraron con estas publicaciones y otras parecidas. Al contrario, se formaron y expandieron en un segundo peldaño de este mundo — los periódicos y semanarios privados y los de la cadena del Movimiento — y, además, representaron a la perfección la «pluralidad» del franquismo, las procedencias diversas de la llamada «coalición reaccionaria» o «contrarrevolucionaria»⁶. En este aspecto, casaban perfectamente con la descripción del profesor Mainer.

También se hicieron acreedores de un segundo mérito. Estos y otros personajes del mismo ámbito — desde Ismael Herraiz a Carlos Sentís, de Augusto Assía a Santiago Nadal, Gustavo Gutiérrez-Gili, Ramón Garriga o Cortés-Cavanillas — también se adentraron en la literatura ensayística, volcando en análisis más reposados y ya no periodísticos los comentarios más o menos apresurados que publicaban en la prensa diaria⁷. Era otra ma-

5. J.C. Mainer, *La nueva intelligentsia...*, cit., p. 93.

6. Para estas expresiones y sus significados, véase G. Sánchez Recio, *Sobre todos Franco. Coalición reaccionaria y grupos políticos*, Barcelona, Flor del Viento, 2008; y C. Mir, *El estudio de la represión franquista: una cuestión sin agotar*, en “Ayer”, 2001, n. 43, pp. 11-35.

7. Para la conflagración mundial de 1939-1945, lo ha analizado J. C. Mainer, *La segunda guerra mundial y la literatura española: algunos libros de 1940-1955*, en Id., *La corona hecha trizas (1930-1960). Una literatura en crisis*, Barcelona, Crítica, 2008, pp. 221-255. A parte de los nombres citados en el trabajo de José Carlos Mainer, periodistas como Ramón Garriga, Carlos Sentís, Santiago Nadal (éste sobre Stalin, a raíz de su muerte en 1953), Augusto Assía (en dos intencionadas antologías de sus artículos de guerra, escritos

nera de dar profundidad y mayor permanencia a las opiniones — porque opinaban, y mucho — que ofrecían a los lectores para que estos pudieran entender lo que ocurría en el mundo.

«Falsos intelectuales» o «intelectuales de segundo nivel», lo cierto es que, durante la dictadura, se consolidó una red periodístico-político-intelectual muy potente, que implicó a los grandes medios del país, y en este trabajo singularmente los tres más influyentes: “ABC” en Madrid, y “La Vanguardia Española” y el semanario “Destino” en Barcelona. Incluso personajes como Carlos Sentís, que nunca pretendió proyectar una imagen intelectualizada de su trabajo, gozó de un enorme predicamento social y una más que notable capacidad de influencia en los medios y en la profesión. Porque se trataba de esto: influencia y capacidad de formar la opinión del lector, «hacer inteligible a la opinión pública los términos del presente», en palabras ya citadas de Mainer, y a la vez «ser alguien en el sistema», tener la capacidad de influir, repartir favores y prebendas. Y entre la abundancia de ejemplos que pueden citarse, la crónica de Carlos Sentís a raíz de los disturbios políticos en Colombia — el llamado «bogotazo» — es especialmente reveladora de esta vocación pedagógica:

Las noticias son confusas. Sin embargo, para una persona que haya vivido en Barcelona o en Madrid en 1936, las raras informaciones y extraños detalles, aparentemente desconectados, se integran en un sistema orgánico de una claridad meridiana. Con las escasas noticias que poseo [...] puedo permitirme aventurar esta información: cualquier lector de estas líneas que haya vivido en lo que durante la guerra civil española se llamó zona roja sabe perfectamente lo que ha pasado y está pasando aún [...] en Colombia...⁸.

en la corresponsalía de Londres entre 1940 y 1945), también se volcaron en el ensayo periodístico con pretensión de ensayo histórico. En 1945, y comentando las publicaciones españolas sobre la segunda guerra mundial, se afirmaba que obras como las de Carlos Sentís o Andrés Révész eran «la expresiva realidad de la neutralidad española, la clara realidad de que nuestros periódicos han podido decir todo lo que sus colaboradores pensaban, sin sometimientos a ese yugo nazi, que tantos dicen por ahí fuera ha soportado el periodismo español, y que no es sino otra de las calumnias que entorno a nuestro país han hecho circular los enemigos de España» (Juan Sampelayo, *El libro reportaje y la última guerra*, “ABC”, 5 septiembre 1945).

8. C. Sentís, *La importancia real del golpe de Bogotá*, “ABC”, 13 abril 1948. Carlos Sentís se formó en los ambientes periodísticos y culturales del catalanismo de preguerra, aunque provenía de una familia de tradición carlista. Dotado de un alto sentido del oportunismo, en 1936 apostó por el bando franquista, tras huir de Cataluña amenazado por algún grupo revolucionario. A partir de este momento, inició una carrera meteórica en los ambientes periodísticos franquistas, reforzada por las actividades previas en el campo del espionaje en Francia y Londres. Después de la guerra, tanto en Madrid como en Barcelona, se convirtió en uno de los hombres más poderosos, desde posiciones más bien discretas, en el reparto de influencias, prebendas, etc., en el mundo periodístico y socio-cultural. Gaziel, que le conocía bien por compartir años profesionales en la Barcelona republicana, también se muestra inmisericorde con él, al igual que lo había sido con José M. Massip: «... un altre pe-

¿No era eso lo que se pedía a los intelectuales de la situación? Explicar a los españoles las realidades del mundo según parámetros comprensibles, y deducir de sus análisis las lecciones correspondientes: «los hechos de Bogotá, tan trágicos como lamentables, encierran, políticamente, una lección que no puede caer en saco roto. Marshall y otras figuras señeras del departamento de Estado han vivido unas horas como las que hubiesen vivido en Madrid o Barcelona en el año 1936», terminaba su crónica el periodista. Era la mejor manera de hacer «inteligible» el mundo, siempre con el potente filtro del imaginario franquista.

Los grandes y «falsos» intelectuales del franquismo — en las diferentes versiones que daban su apoyo más o menos entusiasta a la dictadura: falangistas, tecnócratas, monárquicos de diferentes dinastías, franquistas puros y duros, etc. — estaban para misiones más importantes que las crónicas periodísticas diarias. O bien se reservaban para la página 3 de “ABC” — conocida entre los entendidos como «la tercera» — o las páginas de colaboración de “La Vanguardia Española” — o participaban, por invitación del director del periódico, en las celebraciones de las efemérides del franquismo: 1 de abril, 18 de julio, etc. —, o producían textos y discursos para las Academias y los institutos de estudios políticos y centros de investigación. En la base de la pirámide jerárquica del sistema franquista, la «infantería intelectual» de los medios desbrozaba el terreno y ofrecía las primeras pautas para hacer entender el sentido de la existencia de una dictadura como la franquista en un mundo de posguerra mundial poco comprensivo con la «vía española a la democracia», orgánica, por supuesto.

1. «Sombrio espectáculo de Italia»: de la monarquía a la República

En octubre de 1944, “La Vanguardia Española” — el más importante periódico de Barcelona, de propiedad privada, y de tintes conservadores desde sus inicios a finales del siglo XIX; y, posiblemente, uno de los dos más importantes en la España franquista, junto a “ABC”, de Madrid, al me-

riodista català, també esquerrista rabiós, secretari de Martí Esteve el que fou conseller d’Hisenda de la Generalitat: vull dir Carles Sentís, avui corresponsal d’“ABC”, d’“Arriba” i de qui convingui, i defensor entusiasta de totes les *essències* espanyolíssimes del nou règim franquista» (*Meditacions en el desert (1946-1953)*, Barcelona, Edicions de la Malgrana, 2010, p. 109). Ha dejado unas memorias dictadas: *Memòries d’un espectador*, Barcelona, La Campana, 2007). He tratado sobre el personaje en diversos textos, especialmente *La Barcelona franquista i l’Europa totalitària*, Barcelona, Empúries, 2005, capítulo V; *Carles Sentís: la rescriptura d’una vida de triomfs professionals a la postguerra espanyola*, en R. Panyella (ed.), *La projecció social de l’escriptor en la literatura catalana contemporània*, Barcelona, Punctum-GELCC, 2007, pp. 469-480; o *La memòria reivindicativa de Carles Sentís*, en “L’Avenç”, 2007, n. 327.

nos entre los privados — se hacía eco de la conferencia que un sindicalista norteamericano, Luigi Antonio Orlandi, había hecho en Atlantic City, contando lo que acababa de ver en Italia. Entre otras cosas, contó «que el noventa por ciento de los niños italianos se están muriendo por falta de leche materna. La mayoría de los hombres carecen de trabajo y el que trabaja gana treinta liras diarias, con cuya cantidad no puede ni adquirir ni un cigarro en el mercado clandestino». No era de extrañar, añadía, que «los rusos observan, esperando imponer sus objetivos, y hay que impedir que Italia salga de la dictadura para entrar en otra»⁹.

Quizá los rusos no estaban esperando nada en particular, pero el panorama italiano de 1944, con una guerra en el sur, la ocupación alemana en el norte, el fascismo redivivo en la República Social del último Mussolini, y la guerra sin cuartel de la resistencia italiana contra alemanes y fascistas, causaba asombro entre sus antiguos amigos franquistas. Asombro e interés. Todo lo que afectaba a Italia podía leerse en clave española, porque los analistas franquistas tuvieron la especial habilidad de interpretar los asuntos del mundo con referencias permanentes a la experiencia histórica más reciente. Así, cuando el panorama político en el sur — donde coexistían el rey Víctor Manuel III, su primer ministro mariscal Badoglio, y los reaparecidos viejos políticos e intelectuales prefascistas: Benedetto Croce, Orlando, Nitti, don Luigi Sturzo, el conde Sforza, etc. — se reveló como un escenario de una comedia casi absurda, en la España franquista pudo leerse de dos maneras complementarias. La primera fue en son de burla, y correspondió a Carlos Sentís, pieza clave en la construcción de los discursos franquistas de aquellos años:

Reuniones de exiliados, donde aparecían fraseologías y formas políticas anticuadas de cincuenta años [...] Congresos donde Benedetto Croce quedaba irremisiblemente perdido por las altas regiones teóricas [...] Viajes del conde Sforza por el Sur, en trenes de mercancías aliados o camiones de Intendencia [...] O declaraciones de Pietro Neni [*sic*] a un colega francés, en las cuales decía que arrancaría al rey de su retiro privado para hacerle rendir cuentas, y que Badoglio era el Darlan italiano (lo que, como frase, no está mal), para acabar diciendo que lo que hacía falta era un Comité de Salud Pública¹⁰.

La segunda lectura, mucho más interesante para los lectores españoles, la hacía Santiago Nadal¹¹, remitía a la memoria histórica de la ciudadanía

9. *Sombrío espectáculo de Italia: paro forzoso en masa, hambre y delincuencia*, “La Vanguardia Española”, 7 octubre 1944.

10. C. Sentís, *África en blanco y negro. Del Congo a Argel con el general De Gaulle*, Barcelona, Salvador Rosas Bayer, 1945, pp. 157-158.

11. Nadal era, sin duda alguna, el analista internacional más importante, y de mayor calidad intelectual, en la España franquista. Formado en los ambientes de la extrema derecha

y, tan importante como esto, demostraba cuál era el exacto valor del trabajo que el analista llevaba a cabo: hacer inteligible la realidad del mundo a partir de los parámetros y experiencias españoles recientes, filtrados siempre según la ideología dominante. Inevitablemente, los viejos liberales italianos tenían que evocar episodios cercanos:

parecen llevar la voz cantante esos dos viejos mascarones liberales: Sforza y Croce. Viendo su actuación, [...] nos parece rejuvenecernos en catorce o quince años. ¡Cómo recuerdan a nuestros ‘constitucionalistas’ de tristes hazañas! Gastados y desplazados, apartados totalmente del país, puristas, intransigentes de la democracia y la ‘legalidad’, eternamente descontentos, siempre dispuestos a dar la razón a las izquierdas. Y, luego, llegada la hora de la verdad: ni un solo voto, ni la más mínima fuerza política real. Hacerle la cama a la revolución y marcharse después a casa, ¡triste y feo papel, ciertamente! Y, mientras tanto, los comunistas presionando y el Gobierno en pleno negándose a jurar fidelidad a la Casa Real como un paso más hacia la República. República que, si llega, no será naturalmente para los Sforza y Croce — éstos se retirarán diciendo: ¡No es eso, no es eso! —, sino del comunista Togliatti y de sus congéneres y semejantes. Y, a la postre, para acabar en una dictadura — de un lado o de otro — mil veces peor de lo que pudiera ser la fascista...¹².

En el verano de 1945, aparecieron en la prensa española algunos extractos del *Diario* de Galeazzo Ciano¹³. Fue la ocasión para que, en la España franquista, resurgiera el interés por el rompecabezas italiano una vez finalizada la guerra mundial. Una de las primeras firmas en volver al panorama italiano fue Manuel Brunet, Romano en “Destino”, que vio en las páginas del *Diario* de Ciano la confirmación de sus tesis personales: «El criminal

españolista de la Cataluña republicana — miembro de la Peña Blanca, entidad adherida a Derecha de Cataluña, marca, a su vez, de Renovación Española de Antonio Goicoechea en territorio catalán —, en 1939 entró a trabajar en la sección internacional de “La Vanguardia Española” — de la que fue el máximo responsable hasta su fallecimiento, en 1974 — y era el comentarista de actualidad internacional de cabecera del semanario “Destino”. He escrito sobre el personaje en *Una burguesía sense ànima. El franquisme i la traïció catalana*, Barcelona, Empúries, 2010.

12. S.N. [S. Nadal], *Política en la invasión: mejora la situación anglosajona*, en “Destino”, n. 361, 17 junio 1944.

13. El primer periódico en acoger la publicación parcial del texto fue “La Vanguardia Española”. En 1946, el editor Josep Janés publicó una primera edición, censurada, en la colección «Los Libros de Nuestro Tiempo»; en 1947 reeditó el texto. En 1951, el editor falangista Luis de Caralt publicó la parte del diario que afectaba a la Guerra civil española (1937-1938), en una versión censurada y autocensurada. Un año más tarde, Janés lanzaba al mercado la tercera edición. En 2003, Editorial Crítica (Barcelona) publicó la versión íntegra de los *Diarios 1937-1943*. Curiosamente, en la nota a esta última edición, que no está firmada, solo se señala como precedente la edición parcial de Luis de Caralt de 1951, ignorando las de Josep Janés.

dinamismo hitleriano y la inconcebible sumisión de Mussolini, que le había convertido realmente en un ‘gauleiter’ de Italia, contrastan con la serenidad y el espíritu de moderación de Víctor Manuel III. Mientras los jefes del Eje saboreaban las victorias de 1939 y 1940, el Rey de Italia sufría lo indecible...»¹⁴. Planteada la cuestión, el paso siguiente era ofrecer al lector una síntesis histórica:

Lo ocurrido en Italia desde 1919, cuando los socialistas empezaron su agitación de carácter comunista es tan claro que las acusaciones contra Víctor Manuel han caído por su propio peso. El mismo Churchill, en un discurso reciente, declaró que en aquella época, frente al caos anarco-comunista que hacía la vida imposible, no habría vacilado en apoyar a Mussolini. Cuando el Rey dio el poder al Fascio, era este el Partido más fuerte de Italia, el único capaz de restablecer el orden. Por otra parte, era entonces imposible adivinar la futura evolución de la doctrina fascista. El fascismo subió como un movimiento popular contra los excesos del socialismo. A la violencia opuso el fascismo la violencia. Giolitti, que desde el punto de vista liberal era inatacable, contribuyó poderosamente al advenimiento del fascismo [...]

Durante su período de propaganda el fascismo era republicano, pero Mussolini no tardó en darse cuenta de que la popularidad de la Monarquía era el factor político más fuerte del país. La Casa de Saboya había hecho la unidad de Italia. Además, en aquellos momentos, el Rey acababa de ganar una gran guerra, reconquistando las provincias irredentas. También dióse cuenta Mussolini de que aquella lucha entre socialistas y fascistas habría conducido a la guerra civil sin la mediación del Trono.

Cuando el fascismo acentuó la forma dictatorial, o sea después de acorralarse la oposición al Aventino, Italia convirtióse en una diarquía. Pero, bajo pena de caer en una guerra civil, ni el Rey podía prescindir del Duce, ni éste del Rey. Al producirse el derrumbamiento del fascismo, a raíz de la detención de Mussolini, algu-

14. Romano, *La Monarquía ha salvado a Italia*, en “Destino”, n. 421, 11 agosto 1945. Manuel Brunet, Romano en el semanario “Destino” (publicación fundada por el grupo falangista catalán de Burgos en 1937, y empresa privada a partir de 1939 en Barcelona), era el analista católico más importante en la Cataluña de posguerra. Formado en las filas del catalanismo político, se convirtió en un analista y polemista político de gran categoría en las filas de la derecha catalanista de los años republicanos (1931-1936). En 1940, tras el paréntesis de la Guerra civil, que vivió exiliado en Italia y Suiza, reapareció en el semanario “Destino”, la publicación político-cultural más influyente de los años franquistas catalanes (y españoles). He analizado los textos de Manuel Brunet en trabajos como *La Barcelona franquista...*, cit.; *Una burguesía sense ànima. El franquisme i la traïció catalana*, Barcelona, Empúries, 2010; o *L’any que va caure París. Aliadofils i franquistes catalans l’estiu de 1940*, Barcelona, La Magrana, 2010. Para la revista “Destino”, sus orígenes y su destacado papel en el franquismo catalán, véase P. Cabellos y E. Pérez-Vallverdú, *Destino. Política de Unidad (1936-1946). Tres aspectes de l’inici d’una transformació obligada*, Barcelona, Fundació Carles Pi i Sunyer, 2008; y J.M. Huertas y C. Geli, *Les tres vides de Destino*, Barcelona, Diputació-Col·legi de Periodistes, s.d. [ma 1996].

nos escritores ingenuos arguyeron que de haber acabado Mussolini con la diarquía, no habría visto el derrumbamiento de su régimen. Los que esto decían ignoraban que el fascismo era profundamente impopular y que el Rey habría arrastrado grandes multitudes y con ellas al Ejército y la Marina [...]

Hizo el Rey todo lo posible para defender el Estatuto del reino y conservar para Italia el precioso resorte de la autoridad real. No pudo, sin embargo, impedir la agresión contra Albania ni la entrada de Italia en la guerra. En aquella época Italia era un país semiocupado: los alemanes, sus técnicos y sus policías se hallaban en todas partes [...]

Ahora, en el verano de 1945, el balance de la situación era descorazonador: «...mientras la Casa Real se defiende dignamente, el país ha presenciado el grandioso drama del Duce fusilando al Conde Ciano, su yerno, y de la hija del Duce, Edda Mussolini, lanzando contra su padre las ‘Memorias’ de su esposo...»¹⁵. ¿Qué había ocurrido? En la lectura histórica que elaboró Brunet se encontraba la clave: al prescindir de la monarquía, al romper el pacto fundacional del régimen, el fascismo se había condenado. La casa de Saboya había resistido en su papel de mediadora, de poder reequilibrador entre las clases dirigentes tradicionales y los fascistas emergentes. Cuando la guerra, las crisis y la deriva fascista republicana rompieron los equilibrios y los pactos, el edificio se vino abajo.

Manuel Brunet proponía una relectura del fascismo y de su historia. Su colega Santiago Nadal iba un poco más lejos y ofrecía una visión prospectiva de lo que podía significar un régimen republicano en Italia:

[...] ahí están el ‘signor’ Parri — con su camisa azul, cuello blanco y alfiler de corbata — y el ‘signor’ Nenni, viejo socialista, y tantos otros, tratando de sentar los fundamentos de una República italiana, y organizando o tolerando complacientemente ciertas ‘fechas de demostración antimonárquica’. Realmente, ‘*quid Deus vult perdere...*’. Puesto que, en verdad, si una cosa hay segura es la siguiente: tras la deseada República italiana vuelve a alzarse, y a plazo bien breve, el fantasma del fascismo.

[...] ¿Qué se pretende cuando se habla de República italiana? Pues, poco más o menos, lo que ha querido decir la república yugoeslava, o sea, la imposición de un grupo y de una ideología sobre el resto del país. El viejo republicanismo liberal no existe ya en Europa, salvo en restringidos grupos que conservan la idea como romántica supervivencia del pasado. Si Tito ha establecido la República yugoeslava no ha sido precisamente para aumentar la libertad en su país, sino para todo lo contrario: para imponer su ideología por la fuerza, sin tener en cuenta a la oposición y aplastándola para orientar su país hacia Rusia, para ser, en una palabra, el dueño absoluto de Yugoslavia sin que ningún otro Poder pueda moderar su voluntad y su tiranía. Para establecer un turno de partidos, para establecer la máxima

15. Romano, *La Monarquía ha salvado...*, cit.

libertad posible para montar un régimen constitucional, no necesitaba prescindir de Pedro II...

Claro que en el caso de Italia, las etapas han de ser distintas por ser diferentes las circunstancias. El país no está ocupado por los rusos y, por lo tanto, hay que jugar con más astucia. Hay que empezar por crear 'la emoción republicana' que abarque a un amplio sector, incluso de gentes de derecha, para empezar por instaurar el régimen propicio. Luego, lo demás se dará por añadidura; o, mejor: como consecuencia casi inevitable. Y digo 'casi' inevitable, pues si llegara a surgir esa República italiana que pretenden los Nenni, Togliatti y demás, se produciría un momento en el cual el régimen daría ciertamente su fruto natural, pero faltaría saber cuál va a ser su color. Si se realizaran los cálculos comunistas, sería rojo; si surgiera una reacción nacional, sería antirrojo. Quizá el mismo Nenni tiene destinado el papel de dictador antirrevolucionario que otros revolucionarios han desempeñado antes de él. Claro que la Dictadura que se prevé no se llamaría fascismo — ¡guárdenos de semejante idea! — pero la esencia sería lo mismo, pues, como he dicho al principio, ¿qué es el fascismo más que una palabra moderna que oculta algo que ya los antiguos griegos se sabían de memoria de puro viejo?¹⁶.

Tras el análisis, venía la conclusión, y esta era taxativa:

Hagan, pues, lo que quieran los señores Parri, Nenni, Togliatti y demás. Llegará un momento, si logran sus deseos republicanos, en que ellos u otros semejantes, si no son arrastrados por la tormenta, disputarán sobre las ruinas republicanas para ver quien se alza con la Dictadura. Y entonces será cuando los italianos sabrán lo que es un verdadero 'fascismo'.

¿No había sido el fascismo de Salò «el verdadero fascismo», liberado de la influencia moderadora de la monarquía? ¿No había surgido de la república la revolución de 1936-1939 en España, una versión autóctona de la dictadura comunista, que también se presentaba bajo la forma institucional republicana, como era el caso de Yugoslavia? Si alguien tenía la tentación de empujar la monarquía a la desaparición, tendría que asumir las consecuencias, pero no podría alegar la alianza entre ésta y el fascismo en 1922. Si la monarquía italiana había quedado comprometida, ello no fue debido, contaba Ignacio Agustí, «por la convivencia de Víctor Manuel III con el fascismo, sino principalmente por la premiosidad, la indecisión del Rey en el verano de 1943...»¹⁷.

16. S. Nadal, *El camino del fascismo, otra vez*, en "Destino", n. 426, 15 septiembre 1945.

17. Ignacio Agustí, director del semanario "Destino", era un conocido periodista y literato, formado en los ambientes regionalistas anteriores a la guerra. Pasado al falangismo y, más genéricamente, al franquismo, se convirtió en uno de los periodistas-intelectuales más importantes de la posguerra catalana. Dejó unas memorias bastante interesantes: *Ganas de hablar*, Barcelona, Planeta, 1974.

Quedaba claro que, desde la óptica del franquismo monárquico, los Saboya no habían sido aliados objetivos del fascismo, sino el elemento moderador y, a la vez, víctima principal. Sin embargo, esta experiencia histórica no parecía suficiente para contrarrestar el discurso dominante en la Europa de 1945: la república era el menos malo de los regímenes políticos posibles, mientras que monarquías como la italiana o la belga habían mostrado sus debilidades y derivas derrotistas y colaboracionistas con los fascismos derrotados. La respuesta a este discurso solo podía venir de aquellos monárquicos — franquistas, evidentemente — que tenían una idea precisa de la experiencia republicana, en su versión española, y, por lo tanto, podían analizar globalmente la situación; ese era el caso de Santiago Nadal:

Son legión las repúblicas que viven en régimen de dictadura: Rusia, Turquía, China, etc., para no hablar de los países sometidos al dominio ruso ni a los países americanos [...] Se objetará que ha habido países monárquicos que han vivido en dictadura. Cierto. Italia, por ejemplo. Pero, ¿puede alguien negar la enorme diferencia entre la dictadura fascista y la hitleriana, surgida aquella en un Reino y ésta en una República? Basta comparar el abandono de la guerra por parte de Italia con el aniquilamiento total de Alemania para comprender la superior calidad, para beneficio del pueblo, de la diarquía monárquica italiana sobre la unidad de poder surgida gracias a la República de Weimar¹⁸.

El razonamiento era impecable — desde la óptica nadaliana, evidentemente — y valía para Italia e, incluso, para España. En el caso español, solo se requería que el dictador pactase el retorno del rey — del sucesor de Alfonso XIII, Juan de Borbón — y la organización de una «diarquía» tan fructífera como la italiana, al menos fructífera hasta 1939. También era cierto que Nadal no negaba las virtudes de los regímenes liberales y constitucionales que, como indicaba, existían «en todos, absolutamente todos, los países monárquicos de Europa». Y concluía:

Régimen [el liberal y constitucional] que en la ola izquierdista que agita al continente, no se inclina hacia el extremismo, sino que se mantiene en un terreno gubernamental, liberal y constructivo. Conservador, en definitiva. Para llegar al abismo revolucionario, la operación previa es la sustitución de la Monarquía por el régimen republicano. Advuértase, si no, lo que está haciendo Tito, lo que tratan de hacer los extremistas en Grecia, e Italia y el caso del rey Leopoldo III.

Era posible, pues, un régimen liberal bajo la forma monárquica; sin embargo, la errónea experiencia histórica española de 1931 se veía refrendada en 1945, con las nuevas situaciones creadas en países como Yugoslavia, donde los monárquicos estaban siendo perseguidos por los comunistas de

18. S.N. [S. Nadal], *Contra los bandazos*, en “Destino”, n. 432, 27 octubre 1945.

Tito, la guerra civil griega y, evidentemente, la presión que el antifascismo italiano ejercía sobre su monarquía. La única duda que quedaba era saber si Santiago Nadal también daba como posible un régimen liberal en una futura — aunque era de esperar no lejana — monarquía española; quizá por prudencia, por convicción o porque la censura estaba al acecho, la incógnita quedaba en pie.

2. «*El magno error de De Gasperi*»: la República

En el extraordinariamente complejo escenario italiano de finales de 1945 y principios de 1946, un hombre se perfilaba como ganador: el demócrata-cristiano Alcide De Gasperi. Contaba con el apoyo más o menos interesado de los partidos de izquierda, quienes habían abandonado a Ferruccio Parri y a su gobierno, que había colapsado en un mar de contradicciones. De Gasperi había definido muy claramente las líneas maestras del programa de la DC¹⁹, profundamente alejadas de los proyectos de la izquierda; pero, sin embargo, no rechazaba la colaboración con dichos partidos²⁰. De todo el embrollo, la primera víctima fue el Comité de Liberación Nacional, que desapareció del mapa político-institucional de manera definitiva. En diciembre de 1945 se constituía un nuevo gobierno, presidido por De Gasperi, con Pietro Nenni de vicepresidente y Palmiro Togliatti en Gracia y Justicia.

En el complejo juego establecido entre el gobierno, la futura Asamblea Constituyente y un estado que, en parte por un grave error de las izquierdas, había consolidado las estructuras heredadas del fascismo, la opción de futuro de De Gasperi pasaba por la convocatoria de un referéndum sobre la monarquía y una elecciones constituyentes²¹. Evidentemente, en Barce-

19. «La morale cattolica, la democrazia rappresentativa, l'anticomunismo, l'adesione al sistema capitalistico e una particolare attenzione ai ceti medi e alla famiglia» en P. Ginsborg, *Storia d'Italia, 1943-1996. Famiglia, società, stato*, Torino, Einaudi, 1998, p. 89.

20. *Ivi*, p. 89, ofrece una síntesis general: «Il programma di Di Gasperi fu messo in discussione piú d'una volta. Il Vaticano, ad esempio, avrebbe preferito un partito piú esplicitamente di destra, che non respingesse la possibilità di un ritorno a un cattolicesimo autoritario, o perlomeno una soluzione presidenziale al problema istituzionale. Sul versante opposto, la sinistra della DC, guidata da Giuseppe Dossetti, immaginava il partito come una forza evangelica, riformista e anticapitalista all'interno della società italiana. De Gasperi, che era fondamentalmente un uomo di centro, rifulgí entrambi gli eccessi. Egli sostenne che il partito doveva restare sinceramente democratico o avrebbe perso ogni influenza nel Nord; doveva accettare come necessaria, anche se non auspicabile, l'alleanza con le forze di sinistra».

21. *Ivi*, pp. 106-108, con una especial atención a la cuestión de la no depuración del estado fascista.

lona el plebiscito fue calificado de «peligroso»²², en la medida que ponía en duda una forma constitucional superior, la monarquía, y planteaba un riesgo para las bases de la civilización italiana tradicional, que era como referirse a la civilización cristiana occidental. Porque Italia, más allá del referéndum, debía ser tratada como un país singular, exigía una atención internacional especial. Por ejemplo, los británicos así lo habían entendido — en contra de los soviéticos y los franceses —, y habían hecho todo lo posible

por considerar a Italia no como un país vencido, sino como un país que llegó a tiempo de deshacerse del fenómeno fascista y de prestar, a última hora, un concurso decidido en la lucha común. Los anglosajones han tratado a Italia con un miramiento especial, con una benevolencia a la que no les empujan los hechos, sino la posición histórica y estratégica de Italia, y la categoría de su irradiación cultural, militar y económica en el Mediterráneo. Han intentado, al parecer con éxito, salvar la monarquía italiana y el Ejército, y no tratar a Roma como una capital vencida, sino como madre del catolicismo y de la latinidad²³.

El análisis era muy preciso y perfilaba suficientemente bien la política que debería desarrollar De Gasperi en relación a la no transformación de las estructuras estatales de la sociedad, excepto en un punto: la liquidación de la monarquía para instaurar un régimen republicano. En este asunto, De Gasperi tendría que demostrar que una fórmula republicana podía tener los mismos objetivos y contenidos ideológicos que la fórmula monárquica imaginada por Ignacio Agustí o Santiago Nadal: anticomunista, conservadora, católica, posiblemente antidemocrática, etc. En otras palabras, tendría que demostrar que aquello que en Barcelona se consideraba imposible (la superioridad político-moral del sistema republicano sobre la monarquía), en Italia era misteriosamente factible. Pero el riesgo de la aventura era muy alto, señalaba Agustí, aunque fuerzas extremadamente poderosas — el Vaticano, los norteamericanos y británicos, etc. — pudiesen desempeñar un papel neutralizador y equilibrador importante:

Comprometida la Monarquía italiana, no por la convivencia de Víctor Manuel III con el fascismo, sino principalmente por la premiosidad, la indecisión del Rey en el verano de 1943, a la caída del mismo, Humberto II, heredero de las virtudes y defectos del anterior reinado, ha debido recoger la corona en un momento sumamente comprometido para ella. Las condiciones en que la Casa de Saboya debe afrontar el dictamen de las urnas son en extremo precarias. Puede afirmarse, sin embargo, que considerar perdida la suerte de la Monarquía en Italia sería un error. Entre los cuarenta millones de italianos, sólo, a lo sumo, tres millones están ins-

22. I.A. [I. Agustí], *2 de junio*, en “Destino”, n. 461, 18 mayo 1946.

23. Id., *Condiciones de paz*, *ivi*, n. 458, 27 abril 1946.

critos en los partidos políticos, y aunque estos partidos aconsejen el advenimiento de la República, las urnas encerrarán durante unas horas la incógnita del voto de la inmensa mayoría apolítica del país. Otra circunstancia debe ser tenida en cuenta, y es la existencia en Italia del Vaticano y del Pontífice, el primero de los italianos. La enorme personalidad de Pío XII y la estructura admirable de su imperio espiritual, su magnífico e insondable prestigio y poder, son motivos que pueden hacer fallar las previsiones, sin duda muy optimistas, de los republicanos. Finalmente, no es lícito olvidar que, en el orden político, la personalidad de De Gasperi es muy superior a la de los jefes de los demás partidos y que De Gasperi es hombre de la confianza común vaticana y anglosajona. Creemos que el Vaticano y los anglosajones verían con mejores ojos la perduración, en Italia, de la institución monárquica, por mucho que ésta se hubiera comprometido, que la aparición de una República de imprevisibles perspectivas²⁴.

Los analistas de “Destino” habían entendido correctamente las singularidades y excepcionalidades de la historia reciente de Italia, que la habían llevado a un punto crítico. La hipotética caída de la monarquía arrastraría al país por un camino incierto y peligroso; sin embargo, Italia era más que la monarquía saboyana. Era la sede del catolicismo — aquella «estructura admirable» en forma de «imperio espiritual», había escrito Ignacio Agustí —, y también había sido el escenario de un experimento político fallido a causa de la guerra de 1939, pero que anteriormente se había revelado como un proyecto modernizador extraordinario. El pacto entre la monarquía y el fascismo se rompió cuando al rey le faltó un publicista «que pusiera de relieve que durante su reinado Italia había conseguido sus máximas aspiraciones en la frontera. La modestia del Rey consintió que el fascismo creara el mito del ‘Duce’ y eso es lo que Italia ha pagado tan caro»²⁵. Por ello, difícilmente podían pedirse responsabilidades a la monarquía, más allá del defecto de «modestia»:

La popularidad de la Casa de Saboya era extraordinaria antes de la guerra. La altanería del fascismo no había logrado destruir el sólido prestigio de la Casa de Saboya. El pueblo creía que el Rey Víctor Manuel consentía al fascismo como un mal menor, en evitación de una guerra civil. Si la dictadura significaba la paz social — pensaba el pueblo —, valía la pena disfrutar tranquilamente un régimen que, además de la paz, traía una inmensa colonia como Etiopía. Sólo una minoría insignificante creía que todo eso del fascismo acabaría en una guerra como única salida posible²⁶.

La casa de Saboya había tomado una decisión muy concreta en 1922, cuando el poder «se encontraba prácticamente en la calle», y había pacta-

24. Id., *2 de junio...*, cit.

25. Romano, *El plebiscito de régimen en Italia*, *ivi*, n. 462, 25 mayo 1946.

26. *Ibidem*.

do con el fascismo para moderarlo y limitarlo en sus ímpetus rupturistas. Desde esta perspectiva, los ciudadanos italianos llamados en referéndum a decidir sobre el futuro de la monarquía, no podían olvidar una cosa fundamental:

la responsabilidad es únicamente imputable a Mussolini. Claro que Víctor Manuel III podía negarse a firmar la declaración de guerra. En ese caso — pensaría el rey — sólo podían ocurrir dos cosas, todas ellas desagradables, ninguna de las cuales habría impedido que se hiciera la voluntad de Mussolini: el ‘Duce’ habría podido, ante la pasividad general, acabar con los Saboya...²⁷.

A continuación, Manuel Brunet ofrecía un consistente análisis histórico-político del fascismo y la monarquía, uno de los mejores análisis que se publicaron en la España franquista de la inmediata postguerra mundial:

Integraban el fascismo tres elementos: la flor de la burguesía, la clase media y una parte de la flor de la plebe. El principal mérito del fascismo consistía en haber sometido desde el príncipe Colonna, gobernador de Roma, a los sospechosos del Trastévere. La clave del milagro hay que buscarla en la monarquía. Se equivocan los que creen que Mussolini podía haber prescindido de los Saboya, construyendo un régimen al estilo del nacional-socialismo alemán. Esa operación no podía hacerse impunemente. Inmediatamente habrían abandonado al partido todas las clases de las cuales dependía el normal funcionamiento del país. Sin la benevolencia de la Casa Real y de todo lo que ella representa, no había fascismo posible; sin el apoyo de Giolitti y de los liberales, la Marcha sobre Roma no habría pasado de un sueño de cuatro exaltados. Y si, más tarde, Mussolini hubiera prescindido de la monarquía, habría perdido mucha fuerza, porque el socialismo revolucionario, del cual procedía, tampoco le habría perdonado la deserción. Las tres alas del fascismo serían condenadas a la muerte civil en el caso de desaparecer la monarquía. Es difícil que los antiguos fascistas no se den cuenta del peligro que les amenaza si triunfa la república.

Sería también absurdo que el ala izquierda de los demócratas cristianos no sospeche de que la república fatalmente ha de eliminarles, o, por lo menos, reservarles un porvenir modestísimo. Entre esos perseguidos del fascismo que deben ser los restos del partido popular de Don Sturzo, el resentimiento es probable que funcione a ciegas en el momento de acudir a las urnas.

Esas elecciones, antes de celebrarse, han sacrificado ya al Rey Víctor Manuel III. Ha reinado durante todo lo que va de siglo. Sus mayores glorias son la victoria en la Guerra Europea y la reconciliación con la Santa Sede. Su error, el no haber reaccionado cuando Mussolini, rompiendo con Inglaterra y Francia, se echó en brazos de Alemania, a consecuencia de la guerra de Abisinia. Todo deriva de este paso en falso. [...] Probablemente, Víctor Manuel, que es muy inteligente, veía claro todo esto, pero dejóse intimidar por los alardes de fuerza del partido fascista. El miedo a la guerra civil pesó mucho en el ánimo del Monarca [...]

27. *Ibidem*.

Difícilmente se encontraría, en Barcelona o en cualquier otro núcleo intelectual-periodístico-político de la España franquista, un análisis más pormenorizado sobre la naturaleza de la alianza entre el fascismo y la monarquía, escrito, evidentemente, en clave católica y promonárquica. De hecho, Manuel Brunet y sus colegas estaban convirtiendo Italia en el paradigma de la postguerra europea, el punto clave de todo lo que podía suceder — en los campos políticos, ideológicos, culturales, militares, etc. — en la compleja coyuntura de 1945-1946. Escrito en otros términos, la transición de una monarquía a una república, bajo la atenta mirada del Vaticano, los británicos y los norteamericanos, podía tener unas repercusiones generales extraordinarias, que irían más allá de las fronteras italianas. Posiblemente, dichas repercusiones no llegarían, al menos de forma directa y clara, a España, pero cuando Ignacio Agustí señalaba que ciertos países europeos «nos demuestran que es viable una monarquía con derechas e izquierdas, en tanto que no podemos presenciar hoy una República suficientemente ancha para que quepan en ella las derechas»²⁸, su mensaje estaba dirigido a los republicanos exiliados que habían reactivado sus sueños de regreso a España en las instancias internacionales. Para Agustí, la inevitabilidad de un futuro republicano en Italia, comportaría la destrucción del país, sobre todo porque Alcide De Gasperi y los suyos, «los más responsables de todos», habrían rechazado otra posibilidad plausible, «la Monarquía renovada»:

El señor De Gasperi, [...] al fin de la campaña plebiscitaria — en la que no se ha pronunciado —, ha hecho una discreta alusión a la posibilidad de la instauración de ‘una Monarquía renovada’. ‘¿La República que pedís, será cristiana?’ — ha preguntado De Gasperi a sus adeptos, como dando a entender que la Monarquía sí lo sería. La idea de la ‘Monarquía renovada’ expresa justamente la necesidad de incrustar en ella el latido social y cristiano de la presente época.

Es fácil imaginar lo que pueda ser esa Monarquía puesta en hora aludida por De Gasperi, tanto como resulta imposible imaginar el camino de la República italiana. Esta constituye, por el momento, una incógnita. Como en Bélgica, la Monarquía es en Italia la bóveda entre el Norte y el Sur, entre las distintas — y aun, a veces, contradictorias — provincias italianas [...] Es difícil que lo que mañana se vote pueda llamarse República italiana; sería mucho mejor hablar de ‘las’ Repúblicas en perspectiva. La Italia del Norte, de signo comunista, podría muy bien concretarse en una República ‘sui generis’, primera de una unión de repúblicas filosoviéticas en Italia. Ese fenómeno, trasplantado ya al Mediterráneo por el federalismo yugoslavo de Tito, crearía la situación extremadamente peligrosa que es de prever, no sólo para Italia, sino para la paz en general.

28. I. A. [I. Agustí], *¿Monarquía o República?*, *ivi*, n. 463, 1 junio 1946.

Nada de todo esto, ningún elemento de análisis y comentarios, valdría nada, tendría ningún interés para el futuro, si triunfaba la opción republicana. En la España franquista se había extendido una cierta sensación de urgencia, de alarma. En la edición del 1 de junio, el semanario de referencia, “Destino”, había construido una cubierta programática. Al lado de la columna de Ignacio Agustí, donde reflexionaba sobre el futuro italiano, se había colocado una reproducción fotográfica, a toda página, de Humberto II, saludando desde un balcón. El pie de la ilustración era una especie de llamada a la esperanza desde la Barcelona franquista:

Humberto II de Italia deberá afrontar el dictamen que el pueblo italiano emitirá, mañana día 2, sobre la cuestión de régimen. En los pocos días que han mediado entre la abdicación de Víctor Manuel III y la fecha del plebiscito, Humberto II ha realizado una serie de actos que han hecho subir sorprendentemente las posibilidades — consideradas antes muy escasas — de la salvación del régimen tradicional...

Había llegado el momento de la verdad.

¿De quién había sido la culpa? ¿Quién había sido el responsable del desastre? «Con 12.717.923 voti (il 54,2 per cento) contro 10.719.284 (il 45,8 per cento), l’Italia divenne una repubblica»²⁹. Este era el resultado frío, contundente, objetivo. Ciertamente, un 9% de diferencia parecía poco; la república había nacido con mal pie. ¿Cuántos votos son necesarios para hacer caer un rey? Este era un debate que, en España, ya era conocido; solo había que retroceder al 12 de abril de 1931, aunque en aquel caso no había plebiscito de por medio, solo unas elecciones municipales. ¿Cuántos votos eran necesarios para considerar una república? En la Barcelona franquista, casi que no se lo creían. En las semanas previas al plebiscito, parecía que la abdicación de Víctor Manuel III y los gestos de su sucesor, Humberto II, habían decantado las posiciones a favor de la monarquía. ¿Había sido culpa de los comunistas? En absoluto; ya se sabía que estos, como los socialistas y otros partisanos antifascistas, eran republicanos. No; la responsabilidad había que ir a buscarla en otro territorio político, menos sospechoso y más maquiavélico. En Barcelona señalaron el culpable muy rápidamente: «De Gasperi [...] ha llegado a ser el más importante de los italianos y el jefe de las derechas. Pero es también el sepulturero de la Monarquía. Que esto ha de amargarle la vida es indudable, porque De Gasperi, el sepulturero de la Monarquía, es monárquico»³⁰. Brunet podía mostrarse

29. P. Ginsborg, *Storia d’Italia, 1943-1996...*, cit., p. 114.

30. Romano, *Italia es una República*, en “Destino”, n. 465, 15 junio 1946. La poca simpatía que Manuel Brunet sentía por Alcide De Gasperi venía, probablemente, de los años de la Guerra civil, cuando De Gasperi, con el seudónimo “Spectator”, escribía artículos de

profundamente molesto; en general, en la Barcelona franquista, los analistas estaban muy enfadados, pero la realidad del cambio ocurrido en Italia trascendía el papel que hubiese tenido en él Alcide De Gasperi. Para empezar, lo más evidente era que la monarquía italiana no había superado el doble fracaso de la alianza con el fascismo y la vergonzosa huída de Roma en septiembre de 1943.

En segundo lugar, confundiendo el deseo con la realidad, se había menospreciado la fuerza de las izquierdas y del conjunto de la resistencia antifascista, incluyendo a los demócrata-cristianos. Entre el comunismo y el catolicismo, la ciudadanía italiana se decantaría por la segunda opción y, por lo tanto, defendería la monarquía. Desde esta simplificación de la realidad³¹, si la defensa monárquica había fracasado era porque alguien o alguna fuerza política había traicionado al pueblo y a la monarquía. Y, por el momento, este traidor parecía concretarse en la Democracia Cristiana y su jefe más visible, Alcide De Gasperi. ¿Qué opinaba un católico franquista — *sui generis* — como Manuel Brunet?³²:

El debut del señor De Gasperi es desconcertante: el mismo golpe electoral que encumbra a su partido, dándole unos ocho millones de votos, ha derribado a la monarquía de Saboya. Podrá el señor De Gasperi ser jefe del partido más poderoso de Italia, podrá ser jefe del estado, pero no es probable que al armonioso nombre de Alcide de Gasperi le sea reservado un sitio de predilección en los corazones de la masa derechista. Los debeladores de tronos pagan caro sus éxitos. Sólo una maniobra genial que lograra corregir el error cometido podría hacerle perdonar el hecho de que una gran masa monárquica votara a unos diputados monárquicos y se pronunciara contra la monarquía.

Hacía más de veinticinco años que los italianos no habían votado. Cada urna era un cofre lleno de misterios. ¿Y si triunfa la República — pensaron De Gasperi y sus demócratas-cristianos? De aquí aquella desgraciada declaración republicana hecha por el partido en el Congreso de abril. Naturalmente, sin esa declaración de republicanismo, con el triunfo de la República, el partido habría sido considerado como un instrumento sospechoso y habría sido eliminado en el momento de las coaliciones gubernamentales. El bloque marxista se habría apoderado automá-

política internacional en “L’Illustrazione Vaticana”; y no eran artículos especialmente, ni incondicionalmente, favorables a los sublevados. Véase H. Raguer, *La pólvora y el incendio. La Iglesia y la Guerra Civil española (1936-1939)*, Barcelona, Ed. Península, 2001, pp. 268-271.

31. La descripción de Ginsborg (*Storia d’Italia, 1943-1996...*, cit., p. 114) hace más evidente esta simplificación: «Il referendum rivelò quanto drammatica fosse la spaccatura tra Nord e Sud. Mentre il Centro e il Nord votarono compatti per la repubblica, e in alcune zone in modo schiacciante, il Sud fu altrettanto solido nel suo appoggio alla monarchia. Circa l’80 per cento dei napoletani erano monarchici e solo nella poverissima Basilicata, teatro nel 1944-45 di estese occupazioni di terre, i voti per la repubblica superarono il 40 per cento».

32. Romano, *Italia es una República...*, cit.

ticamente de los resortes del estado. Evitar eso era más prudente que jugarlo todo en una carta. La maniobra, dada la falta de visibilidad del horizonte político, ha sido grandiosa. Pero la política es cruel. La demostración de que no era necesario hacer una declaración republicana hará olvidar que existía el peligro de que el partido demócrata-cristiano fuera eliminado del gobierno.

En política interior, pocas veces un partido se habrá encontrado ante un dilema tan tremendo como el que se le presentó a De Gasperi. El jefe del partido demócrata podrá dejar de ser persona grata a los monárquicos, pero la jugada del señor De Gasperi fue prudentísima. Claro está que con un poco más de fe podía tal vez conservarse la monarquía y conquistar la mayoría parlamentaria. Pero nadie podía suponer, sin grave riesgo de error, que la fuerza de las derechas fuera tan importante.

De Gasperi es realmente el sepulturero de la monarquía; pero para acusarle de ineptitud faltaría saber qué números de votos desplazó hacia la República la declaración republicana formulada por el partido demócrata-cristiano en abril...

Pero más allá de la responsabilidad, ¿qué podía esperarse de un futuro republicano italiano? La previsión brunetiana era devastadora:

con su mayoría de menos de dos millones de votos, muchos de ellos sospechosos, la República vivirá una continua zozobra. La República italiana se parecerá muchísimo a la República griega: el Rey deberá tener siempre un avión preparado. Italia, que, en los tiempos modernos, ha resultado ser el país más fértil en inventos políticos, como lo han demostrado el fascismo y el 'Uomo qualunque', no dejará de cavilar cómo puede deshacerse de una República que fatalmente ha de alimentar a los partidos marxistas en detrimento de las derechas.

Y remataba: «La República era la primera aspiración del partido moscovita, como así lo ha declarado sus líderes. A pesar de esto, un sector del partido demócrata-cristiano ha votado a favor de la República»³³.

El sentimiento de desolación era general. Y de ofensa ante lo que — con un mal humor indisimulable — se calificaba de «frivolidad»:

La frivolidad, uno de los más grandes peligros en la política, se disfraza muchas veces de 'realismo' o de 'habilidad'. Es lo que le ha pasado a un político tan hábil como indudablemente lo es Alcides de Gasperi. Y, en general, a su partido demócrata cristiano.

Su jugada de zancadilleo a los Saboya pudo parecer habilísima, y a muchos se lo pareció. Su empujón, sin disputa, es el que derribó la Monarquía; en el mismo momento, se encontró situado en el primer plano de la República. Esto, como digo, aparentemente fue muy hábil. Lo malo está en que en realidad ha sido un error mayúsculo. En política, casi siempre, la mayor habilidad consiste en ser fiel a sí mismo³⁴.

33. *Ibidem*.

34. S. Nadal, *El magno error de De Gasperi*, en "Destino", n. 471, 27 julio 1946.

A partir de aquí, Nadal solo tenía que hacer inventario de los errores y peligros que estaban a punto de suceder, o ya habían sucedido, en Italia. De la lista, unos eran inevitables y evidentes, como la presión de las izquierdas, las protestas sociales, «las huelgas y disturbios», y, atención, la imposibilidad de frenar «la reforma agraria ‘a la rusa’ que con pretexto de ‘republicanizar’ el monárquico Sur propondrán los comunistas». Todo esto era importante, sin duda alguna; pero desde la óptica nadaliana — y católica, dominante en estos círculos —, había otro elemento que exigía una atención específica:

Como es sabido, el Concordato suscrito entre la Santa Sede y el Estado italiano, a raíz del Pacto de Letrán, reconoce el confesionalismo católico del pueblo italiano y, por lo tanto, respetando la libertad de conciencia, concede a la religión y a la Iglesia católicas derechos preeminentes. Pues bien, la instauración de la República ha tenido, como una de sus primeras consecuencias, el planteamiento de una cuestión entorno a este tema. Las izquierdas desean la revisión del concordato. [...] Los demócratas cristianos se opondrán a esto, pero ¿pueden contar con sus compañeros de Gobierno en esta oposición? En modo alguno; justamente, estos compañeros de Gobierno son los que desean dicha revisión. Los unos, socialistas y comunistas, por su antirreligiosidad materialista característica; los otros, los republicanos mazzinianos, por su viejo anticlericalismo, del cual el hombre que veneran como padre de sus ideas dio muestras tan ruidosas como constantes. Para hacer oposición a los designios antirreligiosos de sus compañeros de coalición, los hombres de De Gasperi tendrán que buscar el apoyo de la oposición derechista. Y no se puede decir que esto sea un buen sistema de gobierno³⁵.

35. *Ibidem*. Para completar el análisis de Nadal, el lector puede fijarse en J. R. Masoliver, *Italia democrática. Veintiséis partidos y medio*, *ivi*, n. 469, 13 julio 1946. En un tono solemne, hacía una síntesis muy severa: «Entretanto, las debilidades de los unos y el extremismo de los más, unidos al desgaste inherente a todo Gobierno de coalición, iban minando los propios partidos gubernamentales. Fracasó Bonomi, deshaciendo con su caída el demolarismo: porque, a los ojos de los extremistas, era tan conservador como Badoglio; fracasó Parri, el hombre de los partisanos, el del ‘viento del Norte’ (léase de la Banca y de la industria septentrional, disfrazadas de guerrillerismo sectario), arruinando al Partido de Acción; como ha fracasado De Gasperi, y sus fautores los liberales, manteniendo en pie la Democracia Cristiana únicamente gracias al miedo que los italianos le tienen al comunismo, a la única masa compacta que haya quedado en pie en estos años. / Dividido el socialismo entre una minoría marxista y una amorfa mayoría reformista y conservadora; escindidos los democristianos en monárquico-conservadores y republicanos moderados; dispersos entre izquierda y extrema derecha, pero sin posibilidad de acuerdo con la Democracia Cristiana, los liberales; cansados todos y sin el menor oriente los italianos, era el momento del ‘Uomo Qualunque’, de estos hombres cualesquiera que, hartos de la política, volvían nostálgicamente los ojos al fascismo: siquiera porque supo mantener durante veinte años el orden público y afirmar la presencia de Italia en el mundo. La masa, y más la italiana, vota por los presuntos vencedores: democristianos, socialistas o comunistas. Pero la gente consciente de uno u otro lado no está ahí. Abandonando el partido de Acción o el liberalismo, van hoy con los mazzinianos de Pacciardi y Conti, con los qualunqueistas de Giannini: con

Se analizase la situación italiana de la manera que fuese, lo cierto es que todo pintaba mal. Los italianos no habían entendido que se encontraban inmersos en una coyuntura local y internacional delicadísima. Cuando, por ejemplo, en la Barcelona franquista se hacían análisis comparados — con Francia o Bélgica —, Italia siempre salía perdiendo. Francia tenía a Charles De Gaulle, el cirujano de mano de hierro, francés más que demócrata, enérgico pero dúctil, que había sabido controlar las pasiones y las emociones de posguerra. En Italia, en cambio, todo estaba por hacer, porque «de la manera más gratuita y lastimosa, se prescindió de la utilísima, de la unificadora, de la insustituible institución monárquica, lanzando alegremente a un país a la incógnita de una República en la que los dirigentes deberán improvisarse a sí mismos con urgencia»³⁶.

La incógnita vaticinada en Barcelona tardaría en despejarse. En los dos años siguientes, Italia atraería el foco de todas las luces occidentales, en el largo trayecto entre la construcción constitucional de la república y las primeras elecciones generales ordinarias. A la espera del pleno asentamiento de un régimen completamente occidentalizado, en la España franquista, pero también en los Estados Unidos, el Vaticano y otros países occidentales, se siguió con mucha atención todo lo que ocurría en el país y, sobre todo, se tomaron posiciones y se prepararon análisis y vaticinios ante lo que parecía la fecha definitiva: 1948.

quien quiera que no esté dispuesto a abandonar el puesto de combate. Y con los comunistas, por lo tanto. Aunque el comunismo italiano haya demostrado su falta de acometividad y, ¿por qué no decirlo?, la mediocridad de sus jerifaltes. Pero el prestigio de una lucha veintenal lo mantiene todavía, aunque por poco tiempo, en el candelero. Hasta que los debates de la Constituyente pongan al descubierto la doble antinomia entre italiano y comunismo, entre comunismo italiano y comunismo internacional».

36. I.A. [I. Agustí], *Bloque occidental, ivi*, n. 472, 3 agosto 1946.